

J.R. MOEHRINGER

A plena luz

Traducción de Juanjo Estrella



Duomo ediciones

Barcelona, 2019

A Roger y Sloan Barnett, con amor y gratitud

Nota del autor

Tras pasar la mitad de su vida entrando y saliendo de la cárcel, Willie Sutton fue puesto definitivamente en libertad el día de Nochebuena de 1969. Su súbita salida del Correccional de Attica desencadenó la histeria de los medios de comunicación. Periódicos, revistas, cadenas de televisión, programas de debate... Todo el mundo quería conseguir una entrevista con el ladrón de bancos más escurridizo y activo de la historia de Estados Unidos.

Sutton concedió solo una. Pasó el día siguiente, de la mañana a la noche, con un periodista y un fotógrafo, paseándose en coche por todo Nueva York, visitando los escenarios de sus golpes más célebres y otros puntos de interés de su extraordinaria vida.

A pesar de ello, y curiosamente, el artículo resultante fue bastante somero y, más allá de contener varios errores (o mentiras), aportaba pocas revelaciones.

Por desgracia, Sutton, el periodista y el fotógrafo ya no están aquí, así que lo que ocurrió entre ellos aquel día de Navidad, y lo que le ocurrió a Sutton durante los sesenta y ocho años anteriores, son solo conjeturas.

Este libro es mi conjetura.

Pero también es mi deseo.

«Lo digo por tercera vez; lo que digo tres veces es verdad.»

LEWIS CARROLL, *La caza del Snark*

Primera parte

«Así, al principio, todo el mundo era América [...] pues en ninguna parte se conocía cosa parecida al dinero.»

JOHN LOCKE, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*

1

Cuando entran a buscarlo, está escribiendo.

Sentado a su escritorio metálico, inclinado sobre un cuaderno de hojas amarillas, habla solo, y con ella –con ella, como siempre–, así que no se da cuenta de que están de pie, junto a la puerta. Hasta que pasan la porra por los barrotes.

Alza la vista, se coloca bien las gafas grandes, que tienen los cristales rayados y el puente pegado con cinta adhesiva. Dos guardias, uno al lado del otro, el de la izquierda gordo y fofo y pálido, como si fuera de mantequilla, el de la derecha alto y chupado, con una marca de nacimiento en una mejilla, en forma de centavo.

Guardia Izquierdo se sube el cinturón.

De pie, Sutton. Los de Administración quieren verte.

Sutton se pone de pie.

Guardia Derecho lo apunta con la porra.

¿Qué coño...? ¿Estás llorando, Sutton?

No, señor.

No me mientas, Sutton. Se nota que has llorado.

Sutton se toca la cara. Se le mojan los dedos.

No me había dado cuenta, señor.

Guardia Derecho señala el cuaderno con la porra.

¿Qué es eso?

Nada, señor.

Te ha preguntado qué es eso, dice Guardia Izquierdo.

Sutton nota que la pierna mala empieza a fallarle. Aprieta los dientes de dolor.

Mi novela, señor.

Ellos observan su celda, llena de libros. Él les sigue la mirada con la suya. Nunca es buena señal que los guardias se fijen en las celdas. Si quieren, siempre encuentran algo. Ponen mala cara al ver los libros en el suelo, y otros que se apilan en el lavabo. La de Sutton es la única celda de Attica atestada de volúmenes de Dante, Platón, Shakespeare, Freud. No, los de Freud se los confiscaron. A los presos no les permiten leer libros de psicología. El alcaide cree que intentarán hipnotizarse unos a otros.

Guardia Derecho sonrío. Le da un codazo a Guardia Izquierdo. Prepárate.

Una novela, ¿eh? ¿De qué va?

Bueno, nada, ya sabe. De la vida, señor.

¿Y qué coño sabe un presidiario viejo sobre la vida?

Sutton se encoge de hombros.

Eso es cierto, señor. Pero ¿acaso alguien sabe?

Se está corriendo la voz. Hacia el mediodía, más de diez reporteros de medios escritos ya han llegado y esperan muy juntos delante de la puerta principal, pateando el suelo, soplándose las manos. Uno de ellos dice que acaba de oírlo... Va a nevar. Dos palmos, al menos.

Todos refunfuñan.

Hace demasiado frío para que nieve, dice el veterano del grupo, un periodista de agencia muy curtido que lleva tirantes y zapatos ortopédicos negros. Trabaja para la agencia de noticias UPI desde el juicio de Scopes. Escupe al suelo helado y mira al cielo torciendo el gesto, y después a la torre principal de vigilancia, que a algunos les recuerda al Castillo de la Bella Durmiente de Disneylandia.

Hace demasiado frío para estar aquí de pie, dice el periodista de *New York Post*. Murmura algo ofensivo sobre el alcaide, que se ha negado tres veces a dejar entrar en la cárcel a los medios de

comunicación. En ese mismo momento, los reporteros podrían estar tomándose un café caliente. Podrían estar llamando por teléfono, ultimando los planes para la Navidad. Pero no. El alcaide quiere demostrar algo. Por qué, preguntan todos. Por qué.

Pues porque el alcaide es un capullo, dice el periodista de *Time*. Por eso.

El de *Look* junta mucho el pulgar y el índice. Le das a un funcionario este poquito de poder, dice, y mucho cuidado. Apártate.

No solo a un funcionario, dice el de *The New York Times*. Todos los jefes, tarde o temprano, acaban convertidos en fascistas. Está en la naturaleza humana.

Los periodistas intercambian cuentos de terror sobre sus jefes, sus editores, los imbéciles desgraciados que les han asignado ese encargo asqueroso. Hay un término periodístico recién acuñado, traído ese mismo año de la guerra en Asia, que se aplica a menudo a encargos como ese, encargos en los que te toca esperar con el rebaño, por lo general al aire libre, expuesto a los elementos, totalmente consciente de que no vas a sacar nada bueno, y mucho menos algo que las otras ovejas del rebaño no vayan a conseguir también. El término es «bomba de mierda». Todo periodista se ve salpicado por alguna bomba de mierda de vez en cuando, es algo que va con el sueldo, pero ¿una bomba de mierda en Nochebuena? ¿En el exterior del Correccional de Attica? Nada bueno, dice el de *The Village Voice*. Nada bueno.

Los periodistas sienten una antipatía especial hacia el jefe de todos los jefes, el gobernador Nelson Rockefeller. El de las gafas de pasta y la indecisión crónica. El gobernador Hamlet, comenta el periodista de la UPI sonriendo con la vista clavada en los muros. ¿Va a hacerlo o no va a hacerlo?

Le grita al Castillo de la Bella Durmiente.

¡Caga o deja libre el váter, Nelson! ¡Defeca o abdica!

Los periodistas asienten, mascullan algo, asienten. Como los presos que hay al otro lado de ese muro de doce metros de altu-

ra, se impacientan. Los presos quieren salir, los reporteros quieren entrar, y los dos grupos le echan la culpa al Hombre. Con frío, enfadados, apartados por la sociedad, a los dos grupos les falta poco para amotinarse. Ni los unos ni los otros se fijan en la preciosa luna que se eleva despacio sobre la cárcel.

Es luna llena.

Los guardias sacan a Sutton de su celda de la Galería D, franquean la puerta de barrotes y recorren el túnel que conduce hasta el punto central de control de Attica –los internos lo llaman «Times Square»–, desde donde se accede a todas las galerías y a las oficinas. Desde Times Square, los guardias llevan a Sutton hasta el despacho del vicalcaide. Es la segunda vez que lo convocan en lo que va del mes. La semana anterior fue para informarle de que le habían denegado la petición de libertad vigilada, un golpe durísimo. Sutton y sus abogados eran muy optimistas: habían obtenido el apoyo de destacados jueces, habían descubierto lagunas en sus condenas, habían reunido cartas de médicos que certificaban que a Sutton le quedaba poco tiempo de vida. Pero la junta encargada de conceder la libertad vigilada había dicho que no, sin más.

El vicalcaide está sentado a su escritorio. Ni se molesta en alzar la vista.

Hola, Willie.

Hola, señor.

Parece que estamos a punto de despegar.

¿Señor?

El vicalcaide agita la mano sobre los papeles que tiene esparcidos sobre la mesa.

Estos son los papeles de tu libertad. Te han soltado.

Sutton parpadea, se frota la pierna.

¿Me... sueltan? ¿Quién, señor?

El vicalcaide alza la vista, suspira.

El director de Correccionales. O Rockefeller. O los dos. En Albany no han decidido cómo venderlo. El gobernador, siendo como es un exbanquero, no sabe si le conviene que conste su nombre. Pero el director de Correccionales no quiere desautorizar a la junta de libertad vigilada. En cualquier caso, parece que te sueltan.

¿Me sueltan, señor? ¿Por qué, señor?

No tengo ni puta idea. Y no me importa una mierda.

¿Cuándo, señor?

Esta noche. Si el teléfono deja de sonar y los periodistas dejan de seguirme para que les deje convertir esta cárcel en su sala de redacción particular. Si consigo rellenar estos malditos formularios.

Sutton mira fijamente al vicealcaide. Después a los guardias. ¿Están de broma? Parecen serios.

El vicealcaide regresa a sus papeles. Buen viaje, Willie.

Los guardias acompañan a Sutton hasta la sastrería de la cárcel. Los presos liberados de las cárceles del estado de Nueva York tienen derecho a un traje de civil, una tradición que se inició hace al menos un siglo. La última vez que se le tomaron medidas a Sutton para hacerle un traje antes de su puesta en libertad, el presidente del país era Calvin Coolidge.

Sutton está delante del espejo del sastre, de tres cuerpos. Todo un impacto. En los últimos años no se ha puesto frente a muchos espejos, y no da crédito a lo que ve. Esa cara redonda es suya, ese pelo gris ralo, esa es su nariz, que tanto odia –demasiado grande, demasiado, con las fosas de distintos tamaños–, y ese es el mismo bulto rojo del párpado que se menciona en todos los informes policiales, en todos los carteles del FBI, desde poco después del fin de la Primera Guerra Mundial. Pero ese no es él, no puede ser él. Sutton siempre se ha vanagloriado de proyectar cierta gracia al andar, incluso estando esposado. Siempre se las ha apañado para parecer elegante, afable, aun con la ropa de

presidiario. Ahora, a los sesenta y ocho años, ve en el espejo de tres cuerpos que no queda ni rastro de aquella gracia, de aquella elegancia. Es un monigote con ojeras. Se parece a Félix el Gato. Incluso el bigotillo fino, como pintado a lápiz, del que tan orgulloso se sentía, parece el del personaje de dibujos animados.

El sastre está de pie junto a Sutton con una cinta métrica de color verde colgada al cuello. Italiano viejo del Bronx, con dos palas como dedos asomando a su boca, agita mientras habla un puñado de botones y de monedas que lleva en el bolsillo.

Así que van a soltarte, Willie.

Eso parece.

¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Diecisiete años.

¿Y cuánto tiempo hace que no te haces un traje nuevo?

Ah... Veinte años. En los viejos tiempos, cuando estaba forrado. Me hacía todos los trajes a medida. Y camisas de seda. En los Hermanos D'Andrea.

Aún recuerda la dirección: Quinta Avenida, 587. Y el número de teléfono. Murray Hill, 5-5332.

Ah, sí, dice Sastre. D'Andrea. Trabajaban muy bien. Yo aún tengo un esmoquin suyo. Súbete al taburete.

Sutton se sube, refunfuña. Un traje, dice. Dios mío, ya creía que la próxima vez que me tomaran las medidas sería para hacerme el sudario.

Yo no hago sudarios, dice Sastre. Nadie te valora el trabajo.

Sutton frunce el ceño mirando el reflejo de tres sastres.

¿Y no basta con hacerlo bien? ¿Tienen que apreciarlo los demás?

Sastre le mide los hombros con la cinta, un brazo.

Nombra a un artista que no busque elogios, dice.

Sutton asiente.

A mí me pasaba lo mismo con mis trabajos en los bancos.

Sastre mira el tríptico de Suttons reflejados y le guiña el ojo

al de en medio. Le pasa la cinta métrica por la pierna tullida. Costura interior, treinta, anuncia. Talla de chaqueta corta, noventa y seis.

Pasaba de los cien cuando llegué a este antro. Debería denunciarlos.

Sastre se ríe en voz baja, tose. ¿De qué color lo quieres, Willie?

Cualquiera menos gris.

Pues negro, entonces. Me alegro de que te suelten, Willie. Ya has pagado tu deuda.

Perdónanos nuestras deudas, dice Willie, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Sastre se santigua.

¿Eso es de tu novela?, pregunta Guardia Derecho.

Sastre y Sutton se miran.

Sastre señala a Sutton con el dedo, como si le apuntara con una pistola.

Feliz Navidad, Willie.

Lo mismo te digo, amigo.

Sutton también apunta a Sastre con el dedo. Aprieta el gatillo. Bang.

Los periodistas hablan de sexo, de dinero, de actualidad. Altamont, ese concierto de gente rara en el que murieron cuatro hippies drogados... ¿Quién tuvo la culpa? ¿Mick Jagger? ¿Los Ángeles del Infierno? Después chismorrean sobre sus colegas de más éxito, empezando por Norman Mailer. No es solo que Mailer vaya a presentar su candidatura a la alcaldía de Nueva York, es que acaban de pagarle un millón de dólares para que escriba un libro sobre la llegada del hombre a la Luna. Mailer...; el tipo escribe sobre historia como si fuera ficción, y ficción como si fuera historia, y él aparece siempre en lo que escribe. No sigue más reglas que las suyas, y a sus colegas, que sí las siguen, los

envían a Attica a que se les congelen los huevos. Me cago en Mailer. Todos coinciden.

Y me cago en la Luna.

Se echan el aliento en las manos, se levantan los cuellos de los abrigos, hacen apuestas sobre si alguna vez saldrá a la luz que el alcaide se traviste. También apuestan a qué ocurrirá primero: Sutton hablará o Sutton la palmará. El periodista de *New York Post* dice que ha oído que Sutton no solo está a las puertas de la muerte sino que ya está llamando al timbre y se está limpiando las suelas de los zapatos en el felpudo. El de *Newsday* dice que Sutton tiene una arteria de la pierna tan obstruida que ya no le pueden hacer nada; un médico que juega a ráquetbol con el cuñado del periodista se lo ha contado. El de *Look* dice que un policía del Bronx amigo suyo le ha dicho que Sutton aún tiene parte de su botín repartido por toda la ciudad. Los responsables de la cárcel van a soltar a Sutton y después la policía lo va a seguir para que los lleve hasta el dinero.

Pues es una manera de solucionar la crisis presupuestaria, dice el reportero del *The Times Union*, de Albany.

Los periodistas comparten lo que saben sobre Sutton, intercambian datos y anécdotas como si fueran las provisiones frías que hubieran de ayudarles a pasar la noche. Lo que no han leído, o visto en televisión, lo han oído de sus padres, de sus abuelos o de sus bisabuelos. Sutton es el primer atracador de bancos multigeneracional de la historia, el primero en construirse una carrera de larga distancia que se prolonga a lo largo de cuatro décadas. En sus buenos tiempos, Sutton era el rostro del crimen americano, uno de los pocos que dio el salto y pasó de enemigo público a héroe popular. Más listo que Machine Gun Kelly, más sano que Pretty Boy Floyd, más querido que Legs Diamond, más pacífico que Dutch Schultz, más romántico que Bonnie y Clyde, Sutton veía el atraco a bancos como un arte elevado, y se entregaba a él con celo de artista. Creía en el estudio, la planifica-

ción, el trabajo duro. Y a la vez era creativo, innovador, y como el mayor de los artistas demostró ser un superviviente tenaz. Se fugó de tres cárceles de máxima seguridad, y pasó años eludiendo a policías y agentes del FBI. Llegó a ser un Henry Ford pasado por John Dillinger, con toques de Houdini, Picasso y Rasputín. Los periodistas lo saben todo de la ropa elegante que usaba Sutton, de su sonrisa pícaro, de su amor por los buenos libros, del destello maligno de sus ojos azules, resplandecientes, que en una ocasión el FBI, en sus informes, describió como «celestes». Muy pocos asaltantes de bancos llevan al FBI a semejantes cotas de lirismo.

Lo que los periodistas no saben, lo que los estadounidenses, en su mayoría, siempre han querido saber, es si Sutton, célebre por no recurrir a la violencia, tuvo algo que ver con el brutal asesinato de Arnold Schuster a manos de bandas mafiosas. Schuster, de veinticuatro años y aspecto jovial, natural de Brooklyn, aficionado al béisbol y veterano del Coast Guard, se montó en un vagón de metro en el que no debería haberse montado una tarde, y se encontró cara a cara con Sutton, el hombre más buscado de Estados Unidos en aquel momento. Tres semanas después, Schuster estaba muerto, y su asesinato sin resolver bien podría ser uno de los casos más fascinantes de la historia de Nueva York. De todas formas es sin duda la parte más deslumbrante de la leyenda de Sutton.

Los guardias escoltan a Sutton de nuevo hasta las oficinas. Un administrativo le entrega dos cheques. Uno de 146 dólares, su salario por los trabajos realizados en distintas cárceles durante diecisiete años, descontados los impuestos. Otro de 40 dólares, el coste de un billete de autobús a Manhattan. Todos los presos liberados tienen derecho a un viaje en autobús hasta Manhattan. Sutton recoge los cheques. Sí, está ocurriendo. Empieza a palparle con fuerza el corazón. Las piernas también le palpitan. Se

llaman el uno a las otras, como las primeras voces masculina y femenina en una ópera italiana.

Los guardias lo llevan hasta su celda.

Tienes quince minutos, le dicen, y le entregan una bolsa.

Está de pie en el centro de la celda, dos metros y medio por dos metros; ese ha sido su hogar durante los últimos diecisiete años. ¿Es posible que esa noche ya no vaya a dormir ahí? ¿Que vaya a dormir en una cama mullida con sábanas limpias y una almohada de verdad, sin personas desquiciadas por encima y por debajo de él aullando, maldiciendo, suplicando, llenas de impotencia y rabia? Nada en el mundo se parece al ruido de los hombres enjaulados. Deja la bolsa sobre el escritorio y recoge con cuidado el manuscrito de su novela. A continuación, los cuadernos con espiral de sus clases de escritura. Después, los ejemplares de Dante, Shakespeare, Platón. Y Kerouac. «La cárcel es donde te prometes a ti mismo el derecho a vivir.» Una frase que ha salvado a Sutton en muchas noches interminables. También el diccionario de citas, que contiene la frase más célebre pronunciada por el atracador de bancos más famoso de Estados Unidos, Willie Sutton, también conocido como Slick Willie, también conocido como Willie el Actor.

Con cuidado, con ternura, mete en la bolsa a Ezra Pound. «Vas a salir ahora del tumulto del mundo.» Y después a Tennyson. «Sal al jardín, Maud, yo estoy aquí solo, junto a la verja.» Pronuncia las frases en voz muy baja. Se le empañan los ojos. Siempre le ocurre. Por último, recoge el cuaderno de hojas amarillas en el que estaba escribiendo cuando los guardias han venido a buscarlo. No la novela, que ha terminado hace poco, sino una nota de suicidio que empezó a redactar una hora después de que le denegaran la petición de libertad vigilada. Pasa tantas veces..., piensa. La muerte se planta ante tu puerta, se levanta los faldones, te señala con su vara, y entonces te concede el perdón.

Una vez que lo tiene todo recogido, la Administración le deja hacer varias llamadas telefónicas. Primero marca el número de

su abogada, Katherine. Ella está tan contenta que casi no le salen las palabras.

Lo hemos conseguido, Willie. ¡Lo hemos conseguido!

¿Y cómo lo hemos hecho, Katherine?

Se han cansado de pelearse con nosotros. Es Navidad, Willie, y están cansados, eso es todo. Era más fácil rendirse.

Sé cómo se han sentido, Katherine.

Y los periódicos también nos han ayudado, Willie. Los periódicos estaban de tu parte.

Por eso Katherine ha llegado a un acuerdo con uno de los rotativos más importantes. Le dice cuál, pero a Sutton la mente le va a mil por hora y no lo registra. El periódico lo va a llevar en su avión privado hasta Manhattan, lo va a instalar en un hotel y, a cambio, él les contará su historia en exclusiva.

Por desgracia, añade Katherine, ello supone que tendrás que pasar el día de Navidad con un periodista y no con la familia. ¿Hay algún problema?

Sutton piensa en su familia. Lleva años sin hablar con ellos. Piensa en los periodistas. Nunca ha hablado con ellos. De hecho no le caen bien. Aun así, ese no es momento para poner reparos.

No, está bien, Katherine.

Bien, ¿conoces a alguien que pueda llevarte en coche desde la salida de la cárcel hasta el aeropuerto?

Ya encontraré a alguien.

Cuelga; llama a Donald, que responde al décimo tono.

¿Donald? Soy Willie.

¿Quién?

Willie. ¿Qué haces?

Ah, hola. Estoy tomándome una cerveza y preparándome para ver *La novicia voladora*.

Escúchame. Me sueltan esta noche.

¿Te sueltan o te sueltas tú solo?

Es legal, Donald. Me abren la puerta.

¿Cómo puede ser?

No lo sé. Pero es. ¿Puedes venir a recogerme a la puerta?

¿Al lado de la cosa esa de la Bella Durmiente?

Sí.

Claro.

Sutton le pide a Donald que le traiga unas cosas.

Lo que quieras, dice Donald. Tú pide y te lo traigo.

La furgoneta de un canal televisivo se acerca rugiendo hasta la verja. Se baja de ella un reportero que se pelea un rato con su micrófono. Lleva un traje de doscientos dólares, un abrigo de pelo de camello, guantes grises de piel, gemelos de plata. Los periodistas de la prensa escrita se dan codazos. Gemelos... ¿Has visto alguna vez...?

El enviado de la tele se acerca a los de la prensa escrita y les desea a todos una feliz Navidad. Igualmente, murmuran ellos. Después, silencio.

Noche de Paz, dice el de la tele.

Nadie se ríe.

El periodista de *Newsweek* le pregunta al de la tele si ha leído el artículo de Pete Hamill en el *Post* de esa mañana. La elocuente apología que ha lanzado Hamill sobre Sutton, su petición para que lo pongan en libertad, escrita en forma de carta dirigida al gobernador, podría ser la razón de que estén todos ahí. Hamill instaba a Rockefeller a ser justo. «Si Willie Sutton hubiera sido miembro de la junta directiva de General Electric, o exmando de una compañía de aguas en lugar del hijo de un herrero irlandés, ya estaría en la calle.»

El periodista de la tele está tenso. Sabe que los de la prensa escrita creen que no lee, que no sabe leer.

Sí, dice. Me ha parecido que Hamill daba en el clavo. Sobre todo en su referencia a los bancos. «Actualmente algunos de nosotros, al informarnos sobre los tipos de interés de las hipotecas, tenemos la sensación de que son los bancos los que nos roban.»

Y se me ha formado un nudo en la garganta cuando he leído eso de que Sutton podría reencontrarse con un amor perdido. «Willie Sutton debería poder sentarse en Prospect Park a mirar los patos una vez más, o acercarse a Nathan a comerse un perrito caliente, o invitar a tomar una copa a alguna vieja amiga.»

Ello desencadena un debate. ¿Merece Sutton realmente quedar en libertad?

Es un matón, dice el periodista de *Newsday*. ¿A qué viene tanta adulación?

Porque en algunas zonas de Brooklyn es Dios, responde el periodista del *Post*. No hay más que fijarse en la cantidad de gente que ha venido.

Ya son más de veinticinco reporteros, y casi los mismos civiles: aficionados al mundo del delito, radioaficionados interesados en las comunicaciones policiales, curiosos. Chalados. Morbosos.

Insisto, dice el periodista de *Newsday*, os pregunto: ¿por qué?

Porque Sutton atracaba bancos, responde el reportero televisivo, ¿y quién coño tiene una palabra amable que decir sobre los bancos? No solo deberían soltarlo, sino que tendrían que hacerle entrega de las llaves de la ciudad.

Lo que no acabo de entender, interviene el de *Look*, es por qué Rockefeller, que ha sido banquero, suelta a un atracador de bancos.

Rockefeller necesita el voto irlandés, dice el de *Times Union*. En Nueva York no sales reelegido sin el voto irlandés, y Sutton es como Jimmy Walker y Michael Collins y un par de Kennedys juntos.

Pero si es un matón, joder, insiste el periodista de *Newsday*, que podría estar borracho.

El reportero televisivo hace un gesto de burla. Lleva bajo el brazo el último número de la revista *Life*, que tiene en la cubierta la imagen de Charles Manson. Levanta la revista: Manson los observa.

Comparado con este tío, dice el de la tele, y con los Ángeles

del Infierno, y con los soldados que se han cargado a toda esa gente inocente en My Lai..., Willie Sutton es un corderito.

Sí, sí, dice el reportero de *Newsday*, es todo un pacifista. Es el Gandhi de los gánsteres.

Con todos esos bancos, dice el de la tele, con todas esas cárceles, y el tipo no ha disparado un tiro en toda su vida. No le ha hecho daño a una mosca.

El de *Newsday* mira al de la tele a la cara.

¿Y qué me dices de Arnold Schuster?, le pregunta.

Ah, dice el de la tele, Sutton no tuvo nada que ver con Schuster.

¿Eso quién lo dice?

Lo digo yo.

¿Y quién coño eres tú?

Te diré quién no soy. No soy un gacetillero quemado.

El periodista del *Times* se interpone entre los dos.

¿Qué es eso de darse de hostias por defender si alguien es pacifista o no? Y en Nochebuena. Eso no puede ser.

¿Por qué no?

Porque si lo hacéis, tendré que escribir sobre ello.

La conversación vuelve a centrarse en el alcaide. ¿Es que no se da cuenta de que la temperatura ya es bajo cero? Sí, seguro que se da cuenta. Se lo está pasando bomba. Se las da de amo. Hoy en día, todo el mundo se las da de amo. Mailer, Nixon, Manson, el Asesino del Zodíaco, la policía... Estamos en 1969, el año de los que se las dan de amos. Seguramente el alcaide los está mirando en ese mismo momento desde su circuito cerrado de televisión mientras le da sorbos a un coñac y se ríe de ellos en su cara. No tiene bastante con exponerlos a esa bomba de mierda, sino que además tienen que ser los pardillos de un macho alfa criptofascista.

Venid todos a mi furgoneta, si queréis, dice el de la tele. Se está calentito. Tenemos tele. Dan *La novicia voladora*.

Gruñidos.

Sutton está tumbado en el camastro, esperando. A las siete en punto, Guardia Derecho aparece junto a la puerta.

Lo siento, Sutton. No va a ser.

¿Señor?

Guardia Izquierdo se coloca detrás de Guardia Derecho. Acaban de llegar nuevas órdenes del vicealcaide... Dice que no..., que no te vas.

¿Que no me voy? ¿Por qué?

¿Por qué qué?

¿Por qué, señor?

Guardia Derecho se encoge de hombros.

Alguna pelea entre Rockefeller y la junta de libertad vigilada. No se ponen de acuerdo sobre quién debe asumir la responsabilidad, ni sobre cómo ha de redactarse el comunicado de prensa.

O sea, que no me...

No.

Sutton contempla las paredes, los barrotes. Se mira las muñecas. Las venas moradas, hinchadas, retorcidas. Debió hacerlo cuando tuvo ocasión.

Guardia Derecho empieza a reírse. Guardia Izquierdo también.

Es broma, Sutton. Ponte de pie.

Abren la puerta, lo llevan a la sastrería. Se quita el uniforme de presidiario y se viste con una camisa blanca, nueva, una corbata azul también nueva, un traje negro sin estrenar con chaqueta de dos botones. Se pone unos calcetines negros, nuevos, y unos zapatos negros de puntera calada. Se vuelve para mirarse en el espejo. Ahora sí se ve con el porte de antes.

Mira a Sastre. ¿Cómo estoy?

Sastre agita de nuevo las monedas y botones que lleva en el bolsillo y levanta el pulgar.

Sutton se vuelve hacia los guardias.

Nada.

Guardia Derecho, solo, conduce a Sutton hasta su Times Square, y desde allí, pasando por delante de la Administración, hacia la entrada principal. Qué frío hace, Dios. Sutton se abraza a la bolsa de plástico con sus pertenencias y no hace caso del dolor de pierna, que se le agarrota, le quema, lo destroza. Un tubo de plástico le mantiene abierta la arteria, y en ese momento nota que está a punto de doblarse como una pajita de papel.

Tienes que operarte, le dijo el médico hace dos años, después de insertarle el tubo.

Si tardo en operarme, ¿perderé la pierna, doctor?

No, Willie, no perderás la pierna; morirás.

Pero Sutton ha tardado. No quería que lo abriera ningún médico de la cárcel. No se fiaría de un médico penitenciario ni para abrir una cuenta corriente. Ahora le parece que hizo bien. Tal vez pueda operarse en un hospital de verdad, y pagarse la intervención con las ganancias de su novela. Siempre y cuando alguien la publique. Siempre y cuando aún esté a tiempo. Siempre y cuando sobreviva a esa noche, a ese momento. Mañana.

Guardia Derecho conduce a Sutton a través del detector de metales, lo pasa por delante de la mesa de ingresos y lo lleva frente a una puerta negra, metálica. Guardia Derecho la abre. Sutton da un paso al frente. Se vuelve a mirar a Guardia Derecho, que lo ha ninguneado y golpeado durante los últimos diecisiete años. Guardia Derecho le ha censurado las cartas, le ha confiscado los libros, le ha negado sus peticiones de jabón, de plumas y de papel higiénico, le ha pegado por no terminar las frases con un «señor». Guardia Derecho se prepara; ese es el momento en el que a los presos les gusta sacar lo que llevan dentro. Pero Sutton sonrío. Se diría que algo en su interior se está abriendo como una flor. Feliz Navidad, niño.

Guardia Derecho echa hacia atrás la cabeza. Espera un segundo. Dos. Sí, feliz Navidad, Willie. Y buena suerte.

Son casi las ocho.

Guardia Derecho empuja la puerta para abrirla, y Willie Sutton sale.

Un fotógrafo de *Life* grita: «¡Ahí está!». Más de treinta reporteros convergen en el mismo punto. Los chiflados, los morbosos también empujan. Las cámaras de televisión se acercan al rostro de Sutton. Unas luces más potentes que los focos de la cárcel impactan en sus ojos celestes.

¿Qué se siente al estar libre, Willie?

¿Crees que volverás a atracar más bancos, Willie?

¿Quieres decir algo a los familiares de Arnold Schuster?

Sutton señala la luna llena.

Mirad, dice.

Treinta y cinco periodistas, veinticinco civiles y un delincuente archifamoso contemplan el cielo nocturno. Es la primera vez en diecisiete años que Sutton ve la luna así, cara a cara, y se queda sin aliento.

Mirad, vuelve a decir. Mirad esta noche tan bonita y tan clara que Dios ha creado para Willie.

Ahora, más allá del corro de periodistas, Sutton ve a un hombre con el pelo panocha y unas pecas tercas, anaranjadas, apoyado en un Pontiac GTO rojo de 1967. Sutton le hace una señal y Donald se acerca deprisa. Se dan la mano. Donald aparta a codazos a varios reporteros, lleva a Sutton hasta el Pontiac. Cuando ya está sentado en el asiento del copiloto, Donald cierra de golpe la puerta y le da un codazo a otro periodista, porque sí. Rodea el coche, se pone al volante y pisa a fondo el acelerador. Se alejan levantando tras ellos una ola de barro, nieve y sal que salpica al reportero de *Newsday*. En la cara, el pecho, la camisa, el abrigo. Él se mira la ropa y levanta la vista.

Ya os lo he dicho. Un matón.

Sutton no habla. Donald deja que no hable. Donald sabe. Donald salió de Attica hace nueve meses. Los dos contemplan la carre-

tera helada, los bosques gélidos, y Sutton intenta ordenar sus pensamientos. Tras unos kilómetros, le pregunta a Donald si ha conseguido lo que le ha pedido por teléfono.

Sí, Willie.

¿Está viva?

No lo sé. Pero he encontrado su último domicilio conocido.

Donald le entrega un sobre blanco. Sutton lo sostiene como un cáliz. Su mente se pone en marcha. Regresa a Brooklyn. A Coney Island. A 1919.

Todavía no, se dice. Todavía no. Cierra su mente, algo que ha aprendido a hacer con los años. Se le da demasiado bien, como le dijo un loquero de la cárcel.

Se guarda el sobre en el bolsillo interior de su traje nuevo. Llevaba veinte años sin bolsillo en la pechera. Siempre ha sido su favorito: ahí guardaba las cosas buenas. Anillos de compromiso, pitilleras esmaltadas, billeteras de piel de Abercrombie. Armas.

Donald le pregunta quién es ella, y por qué quiere su dirección.

No debería decírtelo, Donald.

No hay secretos entre nosotros, Willie.

Entre nosotros no hay más que secretos, Donald.

Sí, eso es verdad, Willie.

Sutton mira a Donald y recuerda por qué ha estado en la cárcel. Un mes después de perder el empleo en un barco pesquero, dos semanas después de que lo abandonara su mujer, un hombre en un bar le dijo a Donald que parecía cansado.* Donald, pensando que el hombre estaba insultándolo, le dio un puñetazo y el hombre cometió el error de devolvérselo. Donald, que había sido luchador en la universidad, lo tumbó, lo agarró hasta dejarlo sin respiración y le partió el cuello.

* «Beat» en inglés. La palabra, en la época, podía significar «beatnik», en referencia al movimiento contracultural. (*N. del T.*)

Sutton enciende la radio. Busca noticias, no las encuentra. Deja puesta una emisora de música. La música es algo depresiva pero enérgica. Distinta.

¿Qué es, Donald?

Los Beatles.

Ah, así que estos son los Beatles.

Recorren varios kilómetros sin decir nada. Escuchando a Lennon. A Sutton, las letras le recuerdan a Ezra Pound. Le da una palmadita a la bolsa de plástico que tiene apoyada sobre las piernas.

Donald frena un poco y mira a Willie.

¿El nombre escrito en ese sobre tiene algo que ver con..., ya sabes?

Sutton mira a Donald.

¿Con quién?

Ya sabes. Con Schuster.

No. Claro que no. Dios mío, Donald, ¿por qué me preguntas eso?

No lo sé. Nada. Solo una intuición.

Pues no, Donald. No.

Sutton se lleva la mano al bolsillo de la pechera. Piensa.

Bueno, supongo que sí..., de una manera indirecta. Todos los caminos, tarde o temprano, llevan a Schuster, ¿verdad, Donald?

Donald asiente. Conduce.

Tienes buen aspecto, Willie Boy.

Dicen que me estoy muriendo.

Chorradas. Tú no morirás nunca, joder.

Sí. Claro.

Ni queriendo morirías.

Humm. No tienes ni idea de lo cierto que es lo que acabas de decir.

Donald enciende dos cigarrillos y le ofrece uno a Sutton.

¿Tomamos algo? ¿Tienes tiempo antes del vuelo?

Qué idea tan interesante. Una copa de Jameson, como decía mi abuelo.

Donald deja la autopista y aparca junto a un tugurio. Ramos de acebo y luces de Navidad cuelgan del techo del bar. Sutton no ha visto iluminación navideña desde que sus queridos Dodgers aún estaban afincados en Brooklyn. No ha visto otras luces que esos fluorescentes de la cárcel que te quemaban los ojos, y que la bombilla de sesenta vatios de su celda.

Mira, Donald. Luces. Sabes que has estado en el infierno cuando una ristra de bombillas de colores en un antro cualquiera te parece más bonito que el Luna Park.

Donald le hace un gesto con la cabeza a la camarera, una joven rubia que lleva una blusa ajustada con un estampado de cachemira y una minifalda.

Hablando de cosas bonitas, dice Donald.

Sutton la mira.

No había minifaldas cuando entré en la cárcel, comenta en voz baja, respetuosamente.

Has regresado a un mundo distinto, Willie.

Donald pide una Schlitz. Sutton, un Jameson. El primer sorbo es una delicia. El segundo, un directo de derecha. Sutton se bebe de un trago el resto, golpea la barra y pide otro.

En la tele que hay sobre la barra dan las noticias.

«Esta noche, la noticia destacada... Willie Sutton el Actor, el atracador de bancos más activo de la historia de Estados Unidos, ha sido puesto en libertad y ha salido del centro penitenciario de Attica. En una decisión sorprendente del gobernador Nelson Rockefeller...».

Sutton clava la mirada en la encimera de la barra y piensa: Nelson Rockefeller, hijo de John D. Rockefeller, nieto de John D. Rockefeller sénior, amigo íntimo de... No, todavía no, se dice a sí mismo.

Se lleva la mano al bolsillo de la pechera, toca el sobre.

Ahora, en la pantalla del televisor aparece el rostro de Sutton. Su cara de antes. Una foto vieja de ficha policial. Nadie en el bar lo reconoce. Sutton le dedica una sonrisa pícara a Donald y le guiña un ojo.

No me conocen, Donald. Ya ni me acuerdo de la última vez que estuve en una sala llena de gente y no me conocía nadie. Me gusta.

Donald pide otra ronda. Y después, otra.

Espero que tengas dinero, dice Sutton. Yo solo llevo los dos cheques del gobernador Rockefeller.

Que seguro que son sin fondos, joder, susurra Donald.

Una cosa, Donald. ¿Quieres ver un truco?

Siempre.

Sutton camina cojeando hasta la otra punta del bar. Y vuelve cojeando. Tachán.

Donald parpadea. Creo que no lo pillo.

He caminado desde aquí hasta allá sin que me molestara un gacetillero. Sin que un listo se metiera conmigo. Veinte metros, seis más de los que tenía mi asquerosa celda, Donald. Y no he tenido que llamar «señor» a nadie ni antes ni después. ¿Has visto alguna vez algo tan maravilloso?

Donald se ríe.

Ah, Donald, ser libre... Libre de verdad. Es algo que no se puede explicar a alguien que no haya estado en chirona.

Todo el mundo tendría que cumplir condena, dice Donald, ahogando una risotada, y así lo entenderían.

Es la hora. Willie mira el reloj que hay al otro lado de la barra.

Mierda, Donald, será mejor que nos vayamos.

Donald conduce dando tumbos por carreteras secundarias heladas. En dos ocasiones derrapan y acaban en el arcén. Una tercera vez están a punto de chocar contra un montículo de nieve.

¿Estás bien para conducir, Donald?

Pues la verdad es que no, Willie. Joder, ¿cómo te has dado cuenta?

Sutton se agarra al salpicadero. Mira a lo lejos las luces de Búfalo. Recuerda que había lanchas rápidas que iban desde allí hasta Canadá.

Toda esa zona, dice, en los años veinte, la controlaban bandas polacas.

Donald se ríe.

¿Gánsteres polacos? ¿Y qué hacían? ¿Paraban a la gente a punta de pistola y les devolvían las billeteras?

Te habrían cortado la lengua por decir algo así. Los polacos hacían que los irlandeses pareciéramos niños de coro. Y los polis polacos eran los más crueles de todos.

Asombroso, comenta Donald con sarcasmo exagerado.

¿Sabías que el presidente Grover Cleveland fue verdugo aquí?
¿En serio?

Su misión consistía en poner la soga al cuello de los condenados, apretar el nudo y empujarlos en el patíbulo.

El trabajo es el trabajo, dice Donald.

Lo llamaban el Verdugo de Búfalo. Y al final su cara acabó en los billetes de mil dólares.

Veo que sigues leyendo *Historia de América*, Willie.

Llegan al aeródromo privado. Los recibe un joven de cabeza cuadrada y hoyuelo marcado en la barbilla, también cuadrada. Supuestamente es el reportero. Estrecha la mano de Sutton y dice su nombre, pero Sutton está más borracho que Donald y no lo pilla.

Encantado de conocerte, chico.

Igualmente, señor Sutton.

Reportero tiene el pelo castaño, muy espeso, ojos negros, profundos, y una sonrisa Profident, resplandeciente. Bajo cada mejilla rasurada brilla una mancha roja como un ascua, tal vez del frío, aunque más probablemente de la buena salud. Más envidiable aún es la nariz de Reportero: fina y recta como un chuzo.

Es un vuelo muy corto, le dice a Sutton. ¿Estamos listos?
Sutton se fija en las nubes bajas, en el avión. Mira a Reportero. Después a Donald.

¿Señor Sutton?

Bueno, chico, verás. Esta es la primera vez en mi vida que me subo a un avión.

Ah, oh. Bueno, es totalmente seguro. Pero si prefiere salir por la mañana...

No. Cuanto antes llegue a Nueva York, mejor. Adiós, Donald. Feliz Navidad, Willie.

El avión dispone de cuatro asientos. Dos delante y dos detrás. Reportero sienta a Sutton en uno de los traseros y le abrocha el cinturón, y él se sienta delante, junto al piloto. Caen copos de nieve mientras avanzan por la pista de despegue. Se detienen del todo y el piloto se comunica por radio, y la radio crepita y a través de ella se oyen unos números y unos códigos y de pronto Sutton recuerda la primera vez que se subió a un coche. Que era robado. Bueno, comprado con dinero robado. Que había robado Sutton. Tenía casi dieciocho años y conducir un coche por una carretera era como volar. Ahora, cincuenta años después, va a volar por el aire. Nota una presión dolorosa creciente, debajo del corazón. No, eso no es seguro. Lee todos los días en el periódico que otro avión se ha estrellado y se ha hecho pedazos en alguna montaña, en algún campo, en algún lago. La gravedad no es cosa de broma. La gravedad es una de las pocas leyes que no se ha saltado nunca. Preferiría estar en el Pontiac de Donald en ese mismo momento, derrapando sobre carreteras heladas. Tal vez podría pagar a Donald para que lo llevara hasta Nueva York. Tal vez podría ir en autocar. Mierda, incluso andando. Pero antes tiene que salir de ese avión. Se agarra al cinturón.

El motor emite un quejido agudo, penetrante, y el avión acelera como un caballo y avanza relinchando por la pista. Sutton piensa en los astronautas. Piensa en Lindbergh. Piensa en el

hombre bala de Coney Island, aquel señor calvo de los calzoncillos largos rojos que salía disparado de un cañón. Cierra los ojos y reza una oración y se aferra a su bolsa de plástico. Cuando vuelve a abrirlos, la luna llena está justo al otro lado de la ventanilla, rutilante.

Cuarenta minutos después se distinguen las luces de Manhattan. Luego, la Estatua de la Libertad resplandece de verde y oro en el puerto. Sutton pega la cara a la ventanilla. Diosa de un brazo. Lo saluda a él, lo guía. Lo llama para que vuelva a casa.

El avión se inclina hacia un lado e inicia el descenso hacia La Guardia. El aterrizaje es suave. Cuando reducen la velocidad y ruedan ya por la pista camino de la terminal, Reportero se vuelve para ver cómo está Sutton.

¿Está bien, señor Sutton?

Despeguemos otra vez, chico.

Reportero sonrío.

Caminan juntos sobre el asfalto húmedo, neblinoso, hasta un coche que los espera. Sutton piensa en Bogart y Claude Rains. Alguna vez le han dicho que se parece un poco a Bogart. Reportero está hablando. ¿Señor Sutton? ¿Me ha oído? Supongo que su abogada le ha contado todo lo que ocurrirá mañana...

Sí, chico.

Reportero consulta la hora.

En realidad debería decir hoy. Ya es la una de la madrugada.

Sí, dice Sutton. El tiempo ha perdido todo el sentido. Aunque no es que lo haya tenido alguna vez.

Usted sabe que su abogada ha acordado cedernos los derechos en exclusiva de su historia. Y sabe que esperamos visitar los lugares que frecuentaba, las escenas de sus... delitos.

¿Dónde dormimos esta noche?

En el Plaza.

Me despierto en Attica y me acuesto en el Plaza. Joder... Esto es América.

Pero, señor Sutton, tengo que pedirle algo. Cuando nos hayamos registrado, pida lo que quiera en el servicio de habitaciones, lo que quiera, pero no salga del hotel.

Sutton mira a Reportero. El chico no debe de tener ni veinticinco años, supone, pero va vestido como un viejo. Gabardina con cuello de pelo, traje marrón oscuro, bufanda de cachemira, zapatos calados de cordones. A Sutton se le ocurre que en realidad va vestido como un maldito banquero.

Mis editores, señor Sutton. Quieren que lo tengamos para nosotros solos el primer día. Eso significa que nadie puede citar sus palabras ni tomarle fotos. Así que no podemos permitir que se sepa dónde está.

En otras palabras, chico, que soy su prisionero.

Reportero suelta una risotada nerviosa.

Oh, no, yo no diría eso.

Pero estoy bajo su custodia.

Solo por un día, señor Sutton.